



Un billete de ida a las profundidades Colecciono bichos desde que tenía diez años; es la única manera de que dejen de susurrarme cosas. Atravesarle el vientre a un insecto con un alfiler hace que se calle muy rápido. Algunas de mis víctimas decoran las paredes en vitrinas, mientras otras están ordenadas en tarros y guardadas en un estante para usarlas más adelante. Grillos, escarabajos, arañas... abejas y mariposas. No tengo manías. Una vez les da por ponerse a charlar, se abre la veda. Son muy fáciles de capturar. Lo único que necesitas es un cubo de plástico sellado lleno de arena de gato mezclada con unas cuantas pieles de plátano. Se hace un agujero en la tapa por el que se introduce una tubería de PVC y la trampa para bichos ya está lista. La piel de la fruta los atrae, la tapa evita que escapen y el amoníaco de la arena los asfixia y los preserva intactos. Los bichos no mueren en vano. Los uso para mi arte, ordenando sus cuerpos de modo que formen siluetas y formas. Flores secas, hojas y trozos de cristal añaden color y textura a los patrones que forman los insectos sobre fondos de yeso. Son mis obras maestras... mis mosaicos macabros. Los alumnos de último curso hemos salido a mediodía del instituto. Llevo casi una hora trabajando en mi proyecto más reciente. Un tarro lleno de arañas aguarda entre los utensilios de arte que ocupan mi escritorio. El dulce aroma del solidago entra en mi dormitorio por la ventana. Florece en un prado que hay cerca de mi casa, atrayendo a un género de araña cangrejo que cambia de color —como un camaleón octópodo— para moverse sin ser detectado entre las flores amarillas o blancas. Abro la tapa del jarro y saco treinta y cinco de los pequeños arácnidos blancos con unas pinzas largas, yendo con cuidado de no aplastarles el abdomen ni romperles las patas. Con pequeños alfileres los clavo en un fondo de yeso pintado de negro que hace de cielo nocturno y que ya está cubierto de escarabajos seleccionados por su brillo. Lo que he imaginado no es un típico firmamento salpicado de estrellas, sino una constelación que se enrosca sobre sí misma como si fuera un relámpago que corta el cielo y se precipita en espirales como una pluma. Tengo cientos de escenas retorcidas como ésta en mi cabeza y no tengo ni idea de dónde vienen. Mis mosaicos son la única manera que tengo de plasmarlas. Me reclino en la silla y estudio el resultado. Cuando el yeso se seque, los insectos quedarán permanentemente fijados, de modo que si quiero realizar algún ajuste, tengo que darme prisa. Miro de reojo al reloj digital en la mesita de noche y me doy un golpecito en el labio inferior. Quedan menos de dos horas para encontrarme con papá en el psiquiátrico. Desde que iba al parvulario se ha convertido en una tradición ir cada viernes a Scoopin' Stop, comprar helado de chocolate y tarta de queso e ir a compartirlo con Alison. El dolor de cabeza que me da el frío del helado y lo helado que se me queda el corazón no son precisamente lo que yo llamo diversión, pero papá insiste en que es terapéutico para todos. Quizá cree que yendo a ver a mi madre al lugar donde yo podría acabar algún día hará que, de alguna forma, escape a mi destino. Qué pena que esté equivocado. Al menos la locura que he heredado tiene una cosa buena. Sin mis alucinaciones, quizá no habría encontrado mi vena artística.

Mi obsesión con los bichos empezó un viernes de quinto curso. No ha sido fácil. Taelor Tremont le dijo a todo el mundo que yo era pariente de Alicia Liddell, la chica que inspiró la novela de Lewis Carroll Alicia en el País de las Maravillas. Puesto que Alicia fue, realmente, mi tataratatarabuela, mis compañeros de clase se burlaban de mí durante la hora del patio hablándome de lirones y téis. Yo creía que las cosas no podían ir a peor hasta que sentí algo en mis tejanos y comprendí, mortificada, que me había venido por primera vez la regla sin que estuviera en absoluto preparada para ello. Al borde de las lágrimas, cogí un jersey del montón de ropa que había en objetos perdidos justo al lado de la entrada principal y me lo até a la cintura para taparme durante el corto trayecto hasta la oficina. Caminé con la cabeza gacha, incapaz de mirar a nadie. Fingí que estaba enferma y llamé a mi padre para que viniera a recogerme. Mientras esperaba en la enfermería a que llegara, imaginé una acalorada discusión entre el jarrón de flores que había en el escritorio y el abejorro que volaba a su alrededor. Fue una alucinación muy potente, porque de verdad oí esa conversación, tan claramente como oía a los estudiantes cambiar de aula al otro lado de la puerta. Alison me había advertido sobre el día en que «me haría mujer». Y sobre las voces que oiría entonces. Había supuesto que todo aquello era producto de su inestabilidad mental... Pero era imposible ignorar los susurros, al igual que los sollozos que ahogaba en mi garganta. Hice lo único que podía hacer: me negué a aceptar lo que sucedía en mi interior. Enrollé un póster de los cuatro grupos básicos de alimentos que había colgado en la pared y golpeé con él al abejorro lo necesario para atontarlo. Sacar las flores del agua y aplastarlas entre las hojas de una libreta de espiral fue efectivo para silenciar a los locuaces pétalos. Cuando llegamos a casa, mi pobre padre, que no tenía ni idea de lo que me sucedía, se ofreció a hacerme una sopa de pollo. Le dije que no hacía falta y me fui a mi habitación. —¿Crees que estarás lo bastante bien como para visitar a tu madre de aquí a un rato? —me preguntó desde el pasillo, siempre procurando no alterar el delicado sentido de la rutina que tenía Alison. Cerré la puerta de la habitación sin contestar. Me temblaban las manos y sentía cómo se me agitaba el pulso. Tenía que haber una explicación para lo que había ocurrido en la enfermería. Estaba estresada por todas las burlas sobre el País de las Maravillas y entonces, cuando mis hormonas decidieron activarse, había sufrido un ataque de pánico. Sí. Eso tenía sentido. Pero en lo más hondo sabía que me estaba engañando, y el último lugar al que quería ir en ese momento era al psiquiátrico. Al cabo de unos minutos volví al salón. Papá estaba sentado en su sillón reclinable favorito, una vieja y gastada butaca tapizada de pana y margaritas de tela. En uno de sus «ataques», Alison había cosido las flores de tela por todo el sillón. Ahora papá no se separaba nunca de la butaca. —¿Te encuentras mejor, mariposa? —preguntó, levantando la vista de su revista de pesca. La mohosa humedad del aire acondicionado me golpeó la cara mientras me apoyaba en la pared forrada de madera. Nuestra casa pareada de dos habitaciones nunca había ofrecido demasiada privacidad y ese día me parecía más pequeño que nunca. Las ondas de su pelo oscuro se movían con cada ráfaga de aire. Moví los pies nerviosa. Ésta era la parte de ser hija única que odiaba: no tener a nadie más que a mi padre para poder contarle cosas. — Necesito más. Sólo nos dieron una de muestra. Tenía los ojos en blanco, como los de un ciervo contemplando el tráfico durante la hora punta de la mañana. —La charla especial que dieron en la escuela —dije, con el estómago hecho un nudo—. Aquella a la que no invitan a los chicos. —Agité el folleto color púrpura que nos habían dado a todas las chicas de tercero. Estaba arrugado porque lo había metido, junto con la muestra de compresa que lo acompañaba, en el fondo del cajón de los calcetines



Alambre de espinos y alas negras El psiquiátrico Todas las Almas está a veinticinco minutos en coche de la ciudad. El sol de la tarde brilla con fuerza y se refleja en el capó del coche. Una vez se han dejado atrás los edificios, centros comerciales y casas, no hay mucho paisaje que contemplar en Pleasance. Sólo grandes y secas llanuras con algunos matorrales dispersos y árboles desnutridos. Cada vez que Jeb empieza una conversación respondo murmurando monosílabos y subo el volumen del reproductor de CD recién instalado. Finalmente llega una canción —una obra acústica y temperamental que Jeb suele escuchar mientras pinta— que hace que conduzca en silenciosa contemplación. La bolsa de hielo que me traje para que me la pusiera en el tobillo hinchado se ha derretido, así que muevo el pie para dejarla caer. Lucho contra la somnolencia, pues sé perfectamente lo que me espera si me duermo. No tengo por qué revivir mi pesadilla de Alicia a media tarde. Cuando era adolescente, Alice, la madre de Alison, pintaba los personajes del País de las Maravillas en todas las paredes de casa e insistía en que eran reales y que le hablaban en sueños. Años después saltó por la ventana del segundo piso del hospital en el que estaba ingresada para probar sus «alas», sólo unas pocas horas después de dar a luz a mi madre. Aterrizó en un rosal y se partió el cuello.

Algunos dicen que se suicidó —depresión postparto y el dolor por haber perdido a su marido en un accidente en la fábrica unos meses antes—. Otros dicen que debería haber estado internada mucho antes de tener una hija. Tras la muerte de su madre, Alison fue educada por una larga serie de familias de acogida. Papá cree que esa inestabilidad contribuyó a que desarrollara su enfermedad. Yo sé que hay algo más, algo hereditario, lo sé por las pesadillas y por los bichos y las plantas. Y luego está la presencia que siento en mi interior. La que vibra y se adueña de mí cuando tengo miedo o dudo, empujándome hacia mis límites. He investigado sobre la esquizofrenia. Dicen que uno de los síntomas es oír voces, no unos golpes como de alas en el cráneo. Pero claro, si contamos los susurros de las flores y los bichos, oigo voces de sobras. Según ese baremo, estoy enferma. Se me hace un nudo en la garganta y trago para bajarlo. El CD cambia de canción y me concentro en la melodía, intentando olvidar todo lo demás. El polvo repiquetea sobre la chapa del coche, empujado por las ráfagas de viento, mientras Jeb cambia de marcha. Miro de reojo su perfil. Alguno de sus antepasados debe ser italiano y tiene una piel realmente bonita, morena y tersa, suave al tacto. Inclina la cabeza hacia mí. Desvía la mirada hacia el retrovisor y contemplo cómo se mece el ambientador del coche. Hoy es el primer día que está colgado. En eBay hay una tienda que vende ambientadores hechos a medida por diez dólares la pieza. Envías una fotografía, la imprimen en una postal perfumada y luego te mandan por correo postal el resultado. Hace un par de semanas utilicé el dinero que me dieron en mi cumpleaños para comprar dos, uno para mí y otro para papá, que todavía tiene que colgarlo en su furgoneta. Lo tiene metido en su billetera; me pregunto si siempre se quedará allí, oculto, demasiado doloroso como para verlo cada día. —Ha quedado bien —dice Jeb, refiriéndose al ambientador. —Sí —murmuro—. Es una foto de Alison, siempre quedan bien. Jeb asiente, y su silencio es más reconfortante que las palabras bienintencionadas de otros.

Observo la foto. Es una enorme mariposa nocturna de alas negras de uno de los viejos álbumes de Alison. La fotografía es impresionante, el modo en que las alas reposan sobre una flor en la zona que separa el sol de la sombra, como si estuvieran en equilibrio entre dos mundos. Alison podía capturar cosas que pasaban por alto a la mayoría, momentos en los que los elementos opuestos chocan y luego se funden en una unidad sin fisuras. Me pregunto hasta dónde habría llegado si no hubiera perdido la cabeza. Doy un golpecito al ambientador y sigo su balanceo. El bicho de la foto siempre me ha resultado familiar, inquietantemente fascinante y a la vez tranquilizador. Caigo en la cuenta de que no conozco su historia —de qué especie es, dónde habita—. Si lo averiguara, sabría dónde Alison hizo la foto y de alguna manera podría sentirme más cerca de ella. Pero no puedo preguntarlo. Es muy especial respecto a sus álbumes. Rebusco detrás del asiento deportivo, saco el iPhone de mi mochila y busco mariposa brillante. Después de unas veinte páginas de tatuajes, logos, anuncios de un somnífero llamado Lunesta y diversos disfraces, aparece en pantalla el boceto de una mariposa. No encaja a la perfección con la fotografía de Alison, pero el cuerpo es azul brillante y las alas de un negro reluciente, así que se parece mucho. Al hacer clic en la imagen, la pantalla se pone en blanco. Estoy a punto de refrescar el navegador cuando una luz roja intermitente me detiene. La pantalla late como si estuviera viendo un corazón. El aire a mi alrededor vibra en sincronía. Una página web se carga. Sus coloridos gráficos y su letra blanca destacan sobre el fondo negro. Lo primero que veo es el título: Criaturas subterráneas - Habitantes del Reino de las Profundidades. A continuación aparece una definición: Una oscura y retorcida raza de seres sobrenaturales nativos de un antiguo mundo escondido en lo más profundo del corazón de la tierra. La mayoría usa su magia para el mal y la venganza, aunque rara vez algunos tienen una tendencia a mostrar bondad y coraje